

## EL RENACIMIENTO.

### IV (1)

LA ÉPOCA CONOCIDA CON EL NOMBRE DE EL RENACIMIENTO

¿MARCA UN ADELANTO Ó UN RETROCESO EN LA  
VIDA DE LAS SOCIEDADES?

### (CONCLUSION)

Por mas que se señalen por muchos como causas de la Reforma los hechos que constituyeron el Renacimiento, así los descubrimientos como la revolucion filosófica, vemos que con la sola narracion de los sucesos se demuestra lo contrario.

Sabida es la historia del Protestantismo, y por lo tanto no haremos sino apuntar los mas culminantes hechos; los necesarios á nuestro objeto.

Leon X, generoso protector de las letras y de las artes, deseando concluir la Basílica de S. Pedro y equipar una armada contra los Turcos, mandò predicar una bula de indulgencia plenaria, destinando á dichos dos objetos el producto de las limosnas, que se sacasen de la predicacion. Esta se encargò en Alemania á los Dominicos, contra la costumbre antigua de encomendarsela á los Agustinos. Tal preferencia dada á los unos en menoscabo de los otros produjo una polémica entre ambas órdenes, sobre el valor y aplicacion de las Indulgencias, que sostuvo por parte de los Agustinos y de orden de su superior, Martin Lutero, catedrático de Teología en la universidad de Wittemberg, hombre de carácter violento y enérgico, incapaz de retroceder nunca en la senda que una vez habia emprendido. Lutero, consagrado al desempeño de

Veáanse los Núm. 46 47 y 53.

su cátedra y alejado de Roma, al ir á ella entonces observó la relajacion de las costumbres y de la disciplina en el órden moral y religioso, no volviendo á Alemania muy edificado, y dió á su regreso una memoria en contra del modo de predicar las Indulgencias los Dominicos, protestando de su sumision á la Santa Sede.

Como se vé, á Lutero no le guiaba en un principio otra cosa que la defensa de los derechos y prerogativas de la órden á que pertenecía; mas la cuestion entre Dominicos y Agustinos degeneró en disputa; los insultos sustituyeron á las razones: la calma y la reflexion cedieron su puesto á la indiscrecion y á la virulencia. Lutero fué herido en su amor propio exacerbado, y de la impugnacion de los abusos en la predicacion de las Indulgencias pasó al ataque del dogma; y de uno en otro objeto chocando, su carácter violento, como piedra desprendida de la montaña, una vez lanzado en su oposicion contra Roma, ya nada respetó. Como siempre sucede, hubo á quien todo esto convenia para sus fines particulares; y las doctrinas, la disidencia de Lutero sirvió á la avaricia de los Señores de Alemania para enriquecerse con los bienes de las iglesias y abadías y para recobrar su antiguo influjo. Además, el deseo de Carlos V de hacer á su casa hereditaria de la dignidad imperial, y otros hechos que atacaban la libertad política de Alemania, y ultimamente las guerras del Emperador con Enrique II de Francia y el apoyo dado á la Reforma por Enrique VIII de Inglaterra, afirmaron la Reforma con la paz de Augsburgo.

Claramente se deduce de los hechos que acabamos de referir, que una disidencia ligera y fácil de remediar fué el verdadero origen del Protestantismo, á quien el orgullo y las pasiones dieron vida y le impulsaron y agigantaron. En nada, pues, se mezcló la filosofía, puesto que la cuestion era teológica, y no ha habido nadie, que considere á Lutero como filósofo, ni á Zuinglio, ni á Calvino. La Reforma protestante no estaba, por lo tanto, contenida ni podia desprenderse de la revolucion filosófica.

Ahora bien: si la filosofía en la época que estudiamos solo se concretó á señalar á la razon su propia esfera, y si por otra parte no fué causa de la Reforma, como dejamos probado, queda destruido el primero y mas fuerte argumento de los que á la época del Renacimiento consideran como causa del Racionalismo y de la Reforma.

Vengamos ahora al segundo argumento, que en contra de esta época se aduce: veamos si es ella la causa de las absurdas teorías y profundos errores, que hoy conmueven y perturban la sociedad.

Se ha dicho que la guerra demuestra la existencia del pecado, y la guerra agita hoy todas las inteligencias, todos los corazones y todos los brazos: luchan las naciones, los pueblos y los indi-

viduos entre sí, y el origen de esta lucha no es otro que la soberbia, el pecado. La ambicion mueve todas las voluntades; el egoismo guia los pasos del hombre y no hay otro principio universal para conseguir el objeto de la ambicion, que el célebre de Maquiavelo.

¿Por qué es esto?

Porque aun aquellos pueblos, que se llaman católicos ó cristianos, han borrado de su corazon y de sus costumbres las máximas sublimes de Jesucristo, que dijo al hombre: «Todo hombre es tu hermano, amalo como à tí mismo;» porque, nuevo Narciso, el hombre está enamorado de sí mismo, y tanto se ama, que solo procura formarse un altar y obligar á su hermano á que le adore. Nada le importa poner para conseguirlo el pié en su cuello y verter su sangre: la cuestion es ser idolatrado, aunque se reciba en holocausto la dignidad y la vida.

Es que el hombre desconoce hoy su fin. Considera como objeto de la existencia los placeres del mundo y trás el oro que los proporciona se agita y se arrastra y por él se enloda, si es que entre cieno llega á descubrir su brillo. Por esta causa emplea los medios que á su alcance vé, y aunque venda su conciencia, nada le importa, con tal de conseguir el objeto de su ambicion. Las contradicciones y veleidades de los que, elevados al mayor puesto, están llamados á dirigir la sociedad: la proclamacion hoy de lo que mañana se combate, y el no encontrarse en medio de tantos sistemas y tantas teorías, como pretenden guiar al mundo, ni una constancia que impere, ni una virtud que brille, ni un carácter que inflexible se imponga, prueba que solo el amor propio, el egoismo es el que mora en el hombre.

Cuando el principio de justicia es la luz que guia al hombre, aun en medio del error se halla siempre moralidad en las acciones, moralidad en los pueblos; mas hoy el principio de justicia casi se ha borrado de la conciencia humana, porque en el corazon reina el *pecado*.

Esta y no otra es la causa de los males de la sociedad moderna.

Vanamente intentarán probarnos, que la época de nuestro estudio, proclamando el progreso de la razon con un método nuevo filosòfico, fué causa de estos males. La época del Renacimiento dijo *Progreso* y progreso han repetido los siglos posteriores; pero esta palabra sublime del mismo Jesucristo no la repitió la sociedad al pasar de la edad media á la moderna, tal como despues se ha proclamado: la invocó en toda su pureza, porque progreso es, dentro de la ley divina, la armonía entre el espíritu y la materia, el vivir en la comodidad del cuerpo dentro de la virtud en el imperio de la Justicia. Esta fué su voz; esto dijo al gritar «*Progreso*»; de otra manera hubiese lanzado una idea falsa y esto es

imposible: porque cuando la humanidad entera habla, sus palabras son dictadas por Dios, para que el individuo las cumpla. No tiene, pues, este momento histórico culpa alguna de que las pasiones de los hombres hayan abusado de la idea sublime que invocó.

La sociedad, como el hombre, tiene un *impetu faciens*, especie de alma moral, parte noble, impulso, causa de su vida y que constituye su ser. Esta alma tiene su inteligencia, tiene su pensamiento, tiene una idea que se manifiesta, que se dá á conocer en cada época de forma distinta, siendo siempre una y que cada pueblo formula de distinto modo; mas sintetizandola en una sola palabra... ¿Quién sabe si ella es la ley de la historia? Y los pueblos colocan esa palabra en el cielo de sus aspiraciones, como iris de esperanza de realizar el ideal del bien. Mas como los pueblos solo saben sentir, cuando se invoca para guiarles, marchan irreflexivos, igual al triunfo que al martirio, sin preguntar siquiera adónde ván: la palabra mágica se ha invocado, y el pueblo se precipita tras del que la pronuncia. Por eso, el que para el logro de su objeto necesita del pueblo, despliega la bandera que este adora y con ella encubre los ocultos fines de su ambicion.

Hobbes proclama sus teorías, porque en Inglaterra impera Cromwel.

Así al amparo y nombre del progreso, palabra que sintetiza hoy las aspiraciones de la humanidad, se agitan las ambiciones y á su nombre se propagan halagüeñas ideas, que solo al bien propio interesan, mientras que por ellas se desquicia y destruye á la sociedad, á ese pueblo, que acude siempre generoso al escuchar la gran idea, que encierra sus esperanzas.

Es, pues, la desmoralización, es la falta del imperio de la Justicia en la conciencia individual, es el *pecado* el que causa los males que lamentamos y que amenazan destruir la sociedad.

Pero la sociedad no será destruida: se la vé oscilar en las convulsiones de los pueblos; pero de ellas siempre nace algo que la mejora y que la acerca á la perfección; y es tan verdad este principio, que se tiene como axioma, demostrado por la historia y por los grandes pensadores, que han estudiado y comparado los hechos todos de la humanidad, desde que el orgullo quebrantó la unidad del paraíso. La lucha entre el individualismo y el socialismo, que desde entonces viene con sus triunfos y cataclismos llevandola á su perfectibilidad social, seguida en todas sus fases, prueba también dicho axioma.

El espíritu de libertad individual y de sociabilidad, ambos fundados en la naturaleza racional del hombre, no pueden ser antitéticos, teniendo un mismo origen; no pueden ser el bien y el mal, producido por un mismo ser: ha de haber un lazo que los una; deben ser dos círculos con un punto simpático de

union, por el que puedan entrelazarse la vida social y la individual; deben tener un *algo* armónico, que concilie sus opuestas tendencias. Por eso vemos en las grandes páginas de la Historia, que cuando el Estado absorbe al individuo, este lanza el yugo que le oprime y conquista su libertad é independencia, y que la sociedad, por el contrario, reivindica sus derechos, cuando el individuo invade su esfera de acción. Roma cambia la libertad individual por la ciudadana; la legalidad impera sobre la justicia; inmola los derechos de las naciones sobre el altar de la patria, y reconcentrados los poderes, que tanto costaron al pueblo, declara suprema razón el bien del Estado; y Roma cae al soplo divino de la idea cristiana, que proclama la unidad del género humano y que rompe las cadenas del esclavo; y cae, por que su poder, en vez de combinar las fuerzas individuales y sociales, solo estaba sostenido por la fuerza de los ejércitos, que nunca puede cimentar y sostener los poderes. También por esta falta de combinación, el Estado, al terminar la edad media, al reconstruirse las naciones, reivindica sus derechos, absorbidos por el individualismo. Esto prueba la necesidad de la combinación á que nos referimos; de ese *algo* armónico, que concilie las opuestas tendencias del individuo y de la sociedad.

Pues bien: al llegar la humanidad á la época, que venimos estudiando: *reivindicados los derechos, que al Estado habia arrebatado el individualismo*, aquel no podia volver á tiranizar al individuo, porque en la conciencia de este estaban ya esculpidos sus derechos, emanados de la unidad del género humano y sancionados por la doctrina de Jesucristo. Ya, como al principio dijimos, la bala del siervo podia atravesar la coraza del señor, y la salud del Estado no podia ser la suprema ley. Entonces nació al mundo del pensamiento la gran idea de la *armonia* entre el espíritu de libertad y de sociabilidad; paso de gigante dado por la humanidad en el camino del progreso; problema, que la época á que nos venimos refiriendo planteó, para que las modernas sociedades solventáran.

Vease, pues, si no ha producido beneficiosas consecuencias la época que llamamos del Renacimiento; vease si no ha dado una fórmula de progreso al hombre.... Hoy ya no lucha este por su libertad individual, sino por su libertad política, que no es otra cosa que el libre ejercicio de la voluntad dentro de los deberes sociales.

Los problemas económicos, que el trabajo ha planteado al capital y las demas cuestiones sociales, que hoy están al debate de las inteligencias, demuestran, que directamente se va al único y verdadero objetivo, que contiene la verdad de la ciencia de la vida. Los puntos de discusión asustan á los tímidos, asombran á los mas valerosos, porque no ven las consecuencias de

la discusion; mas estas son ciertas y conocidas para los que, fija la vista en el libro de la historia y puesta la confiada fé en Dios, vienen observando la constante ley, que rige la marcha de la humanidad, desde que atravesó las puertas del paraiso; y se complacen en un porvenir de felicidad social, sin llorar los pasajeros males de hoy, porque son espinas, que en la via de su Calvario tienen que ensangrentar los pies de la humanidad, si es que ha de llegar á la apoteosis de la Cruz. Y esto sucederá, aunque en el camino sean envueltas algunas naciones en el polvo de su caída, causada por su perversion; porque las que pierden el faro que las ilumina la senda de la perfectibilidad, cegadas por el torbellino de las pasiones ó de la prevaricacion, al apartarse de ella se sepultan en el infinito de la nada, que á uno y otro lado de este camino forma el abismo, donde se hunden las sociedades, que no siguen la ley eterna que á la humanidad guia. Por eso el individuo debe trabajar por conducir al pueblo por los seguros pasos del progreso, si no ha de perecer con él, cumpliendo la divina ley, que con la palabra *Caridad* dá norma de conducta al alma y con el nombre de *Paz* señala un órden combinado de fuerzas, que en su tranquila accion mueva dentro de su lejitima esfera á las sociedades.

Por tanto: si hoy la falta del eterno principio de Justicia en la conciencia individual hace que algunos pueblos tiendan á su destruccion, cumplamos nuestro deber, enseñandoles el abismo en que se precipitan; corriamos sus vicios y modifiquemos sus costumbres; y si no conseguimos que dejen de oponerse, al halagar sus pasiones, á la marcha de la humanidad, alterando su órden progresivo, lloremos su desventura, lloremos su indelectible caída y la deshonra que la historia marcará en su frente; pero no creamos nunca, que la sociedad humana no alcanzará su perfeccion: que los cataclismos, que la historia nos presenta para enseñanza, prueban que sobre las ruinas de los pueblos hundidos por la perversion, fundan otras generaciones más viriles, civilizaciones más grandes, que las formadas por todo el poder de las que desaparecieron, elaborando así la constante cadena del progreso humano.

Hemos terminado nuestros ligeros estudios.

Creemos haber probado, que no estaban contenidos en la época del Renacimiento los males, que los detractores de ella la señalan, para considerarla causa de retroceso de las modernas sociedades. Hemos señalado la fórmula de progreso que, antes bien por el contrario, la dió, é indicado la realidad de él de la humanidad, que siempre marcha adelante, arrollando á los pueblos, que, dejando de cumplir el órden providencial que guia las sociedades, no la siguen y se oponen en su camino.

Logrado, pues, el fin que nos propusimos, al buen criterio de

los que nos hayan leído dejamos el hacer las aplicaciones que de lo espuesto surgen. Nosotros no las hacemos, tanto porque están en la conciencia de todos, los que fuera de la vida política ven imparcialmente los acontecimientos, cuanto porque sería interminable tratar tales consideraciones.....

Pero ¡ojalá y algunas naciones vuelvan en sí y sigan la verdadera progresiva marcha de la humanidad!

J. SANCHEZ ROS.

LEMA.

¡VIVA MARIA,

GLORIA DE LAS GLORIAS DE ESPAÑA!

ODA. (1)

¡Dejad que lllore, que su llanto es justo!  
 ¡Dejad que lllore España sus dolores!  
 Entre nube de horrores,  
 Contra el árbol robusto  
 De su fé sin igual, los huracanes  
 De la impiedad redoblan sus desmanes!  
 Por sus valles y montes y ciudades  
 Ecos resuenan de blasfema gente;  
 El vicio vá insolente,  
 Señor de las edades  
 Llamandòse, y contagia, y en su encono,  
 A la diosa ~~Razon~~ levanta un trono.  
 Nacion de los valientes y los buenos,  
 Lloro, mas no te muestres abatida;  
 Lleva la frente erguida  
 Entre los rudos truenos;  
 Lloro tanta ruina, tantos males,  
 Mas haz ver á los pueblos lo que vales.  
 Tú vales mucho, y tu valor lo abona  
 Una brillante historia de proezas;

(1) Esta Oda fué premiada con un tercer accesit, en el certámen poético, que celebró la Juventud Católica de Valencia, para conmemorar la festividad del día 8 de Diciembre en 1871

La fé te dió grandezas,  
 Te dió rica corona:  
 Rompe del mal el atrevido lazo:  
 Vales lo que la fé, que es de Dios brazo.  
 ¿Y quien te dió el valor, la fé incesante?  
 ¿Por quien á ti llegó grandeza tanta?  
 ¿No fué la Virgen Santa  
 Tu patrona constante,  
 Tu honor, tu aliento, tu virtud, tu amparo,  
 Sol de tus dias, de tus noches faro?  
 ¡Oh! qué recuerdo! ¡Ni otro mas glorioso!  
 Entre brillantes y rosadas nubes,  
 Y miles de querubes,  
 Su rostro prodigioso  
 En Zaragoza muestra, y es la aurora,  
 Que presto á los gentiles los desdora.  
 La semilla cristiana fructifica;  
 La sangre de los mártires se ofrece  
 En holocausto, y crece  
 La fé que purifica;  
 Santa madre de Dios, madre del hombre,  
 España entera aclama ya tu nombre.  
 Y por Cristo y por tí Incha gigante,  
 Lucha de siete siglos brava y fiera  
 Sostiene, y en tí espera,  
 Para salir triunfante,  
 Para arrojar del mar á opuesta orilla  
 Al alarve cruel que te mancilla.  
 Covadonga y Leon ven tu clemencia,  
 Y Toledo, Simancas y el Salado;  
 Y á Murcia y Lorca has dado  
 Y á la sin par Valencia  
 Honroso triunfo, y eres ensalzada,  
 Y lo eres en Sevilla y en Granada.  
 De los mares resuena en lo profundo  
 El clarin de la España victoriosa,  
 Y á tu voz generosa,  
 Un rico y nuevo mundo  
 El premio vino á ser de la porfia  
 Con que invocó tu nombre en guerra impia.  
 Grandes reyes, ilustres capitanes,  
 Varones santos, de la tumba fria  
 Salid, y de Maria  
 Dirán hoy vuestros manes,  
 Que tuyas son de España las victorias,  
 Y suyos vuestros timbres, vuestras glorias.

Brotó en un tiempo pérfida zizaña,  
 Y la Virgen acude, y en prolijos  
 Afanes, á sus hijos  
 Les dá un hijo de España,  
 Domingo de Guzman, y es un tesoro  
 De elocuencia y salud su lengua de oro.  
 ¡Gloria en el cielo cantan, gran victoria!  
 Es que nace una rosa en el Carmelo,  
 A fecundar el suelo  
 Con su mística historia;  
 En honor de Maria mil estrellas  
 Teresa enciende, por dó van sus huellas.  
 En medio de los áridos desiertos  
 De los hijos de España eres la egida,  
 ¡Oh Virgen! y dán vida  
 A los que viven muertos,  
 Y alzan plantío de gallardas palmas,  
 Y al cielo envían rescatadas almas.  
 ¡Siempre la fé creciendo en esta tierra!  
 ¡Ay! si de Dios se enciende la justicia,  
 Y aplasta la malicia  
 Con horrorosa guerra,  
 Que promoviera incrédulo vestigio,  
 Y envía el rayo, el capitan del siglo:  
 Pilar, Desamparados, Monserrate,  
 Angustias y las Huertas y Fuensanta,  
 A España, que levanta  
 Su frente, y no se abate,  
 Títulos son con que su pecho inflama,  
 Cuando el coloso á combatir la llama.  
 ¿No has de querer á España, Virgen bella,  
 Si es saludo español «Ave-María»?  
 Atiende, Virgen pia,  
 Nuestra tierna querella;  
 Acude, acude, la soberbia avanza,  
 Acude, que en Tí está nuestra esperanza.  
 Rios de la impiedad rompen sus vallas,  
 Y manchan con sus cienos de impureza:  
 ¡Ay, que alza la cabeza,  
 Para librar batallas  
 Aquí la sierpe indigna, y te escarnece,  
 Y en necios brios su iracundia crece!  
 Mas ¡ah! no triunfará su torpe enojo,  
 Que enfrente de sus miseras legiones,  
 Tú animas corazones,  
 Que con potente arrojo,

De ese enemigo cortarán las sendas,  
 Y abatirán sus armas y sus tiendas,  
 Despierta, España; si á morir te lleva  
 De la impiedad la planta maldecida,  
 Gran falange convida  
 A vida siempre nueva;  
 Tu juventud católica levanta  
 El estandarte de la Virgen Santa,  
 Ciencia y virtud te salvarán, y al mundo,  
 «Ciencia y virtud» la juventud repite,  
 Y en sublime desquite,  
 Reemplazará lo inmundo  
 Con perlas del saber, que Dios envía,  
 Con flores de virtud. ¡Viva María!

CÁRLOS M.<sup>a</sup> BARBERÁN.

## ¡EBLIS!

### CUENTO FANTÁSTICO.

(CONCLUSION.)

Empezaron á sonar las doce: á la primera campanada, Martha se incorporó: el fuego se había extinguido, y sólo quedaban en el hogar algunas brasas: la habitación se hallaba á oscuras, y por la primer vez en su vida, tuvo miedo.

Una violenta fiebre se había apoderado de ella: se oprimía las sienes con las manos, y su frente echaba fuego.

El eco de la última campanada no se había aun perdido en el espacio, cuando un extraño resplandor iluminó la cabaña. A una llamarada rojiza, sucedía otra azul y otra blanca.

Pronto un resplandor intenso cegó la vista de la maldita, y al abrir los ojos, quedó asombrada y aterrada.

Una mágica perspectiva se extendía ante ella: un valle inmenso, rebosando verdor y lozania, arroyos plateados, que corrían en todas direcciones entre el verde musgo y el horizonte, lejos, muy lejos, donde la vista no alcanzaba.

Nubes blancas, como la nieve, cubrían á intervalos un cielo del más vivo azul, y los rayos del sol se quebraban en las

casadas, produciendo los más variados cambiantes del arco iris.

Una figura majestuosa avanzaba lentamente: sus piés rozaban apenas el suelo, y una blanquísima túnica cubría ampliamente sus vagorosas formas.

Una dulce sonrisa entreabría sus labios, y la ternura se retrataba en sus miradas, y el candor en su rostro.

Fijos sus ojos estaban en un objeto, y Martha no pudo menos de volver los suyos en aquella dirección.

Una rústica cabaña se alzaba á orilla de un arroyo, que sombreaban frondosos sauces: en una ventana se encontraba una jóven, bella, como un querube, con la aureola de la inocencia en su frente: era Ida, la amada de su hermano.

Con impaciencia examinaba el horizonte; una ligera nube de tristeza empezaba á cubrir su rostro, cuando se le escapó un ligero grito de alegría.

Un ginete se aproximaba á todo correr de su caballo: cubría su cuerpo una larga capa blanca, y sus piernas charoladas botas; y del costado izquierdo pendía un brillante sable.

Llegado á la puerta de la cabaña, se apeó, y pronto se encontró en los brazos de Ida. El embozo de la capa habia caído, y dejaba ver el brillante uniforme de los dragones del gran Federico.

Martha le habia conocido: era el hermano de Ida. En vísperas de un gran combate, habia abandonado su puesto, por venir, con riesgo de su vida, á dar quizás un último adios á su hermana.

El genio, que se destacaba erguido en la llanura, habia trocado la dulzura de su rostro, por la severidad, y señalaba con el dedo otro lugar.

Era un lecho de muerte.

Allí se encontraba Ida: pálida y agotadas sus fuerzas, veía aproximarse su último momento, con la sonrisa del justo en los labios, con la resignación del martirio en el semblante.

Un anciano sacerdote se hallaba sentado junto á su cabecera, prodigándole palabras de consuelo.

Entre tanto, pasaban las horas, y ella esperaba con el oído atento al más leve rumor, y el sacerdote recitaba en voz baja sus oraciones.

De repente abrese la puerta: aparece Willem con el semblante desencajado, el cabello lleno de nieve, y el traje destrozado por la maleza.

Vé á Ida, y se arroja de rodillas á sus piés, y prorrumpiendo en amargos sollozos, exclama con voz entrecortada «Perdon»

Ida le tiende su mano; una aureola de gloria circunda su cabeza, su sonrisa es dulce, cual la de los ángeles: hace un pequeño esfuerzo para incorporarse, y «te perdono, Willem» dice,

y cae desplomada.

Ha exhalado su último suspiro.

El genio mira á Martha, sus ojos despiden rayos de cólera, la expresión de su rostro es terrible.

Su túnica se ha vuelto roja; el valle ha desaparecido, y sólo queda en su lugar una llanura yerma y estéril.

Martha, aterrada, apenas osa respirar; frios estremecimientos corren por su cuerpo, y sus piernas se niegan á sostenerla.

En tanto el genio avanza creciendo, creciendo, y mientras su cabeza toca las densas nubes y se vé coronada por el fulgor de los relámpagos, su rojo vestido arrastra por el valle.

Y Martha oye una voz siniestra que le dice:

—Yo soy Eblís: mi imperio es la desolación, mis vasallos los males.

Tú me perteneces, y no habrá para tí piedad, como tú no la has tenido de tu hermano, como tú no la has tenido de Ida.

Estéril es tu corazón á todo sentimiento, á toda pasión; has creído amar á Alberto Wolf, y él, al conocer la sequedad de tu alma, ha huido de tí.

Y tú te has querido vengar en su hermana, porque sabías, que un juramento sagrado le impedía revelar la verdad á Willem.

Hoy que, mal tu grado, has dejado escapar las palabras, que quisieras retirar, no lo has hecho feliz, y esa idea te regocija; pero ya eres mía.

Egoísta has sido; todo lo has querido para tí, y mi imperio es tuyo; has querido vengarte, y ya estás vengada. ¡Ay de tí, Martha! Ya eres mía, vén.

Y avanzando sus brazos, dió algunos pasos adelante; y Martha sintió sobre sí el ardiente aliento de Eblís, y una carcajada estridente se escapó de su pecho.

Miró á su alrededor, y todo había desaparecido; por la puerta de la cabaña entraba un rayo de luna; tuvo miedo, y se lanzó fuera del albergue.

La luna, que había aparecido entre las nubes, iluminaba la nieve que cubria el terreno, dándole un aspecto fúnebre.

El silencio de la noche era turbado por los silvidos del viento, al cruzar entre las desnudas ramas de los árboles; y por algún que otro lejano ladrido de los mastines de la aldea.

El aullido del lobo, que hambriento y aterido había abandonado sus montañas, venia á hacer mas lugubre el aspecto de la noche.

Martha se lanzó á través de las quebradas de las colinas con frenética carrera; á los pocos minutos se detuvo aterrorizada.

Un hombre con paso rápido se dirigia hacia ella: era Willem, que, pálido y desencajado el rostro, y empuñando con ademán febril su cuchillo, venia sediento de venganza.

Pronto estuvo cerca de su hermana, y exclamó con voz terrible:

—Ida ha muerto, muere tú también.

Una sombra se interpuso ante su vista; su brazo levantado para herir no cayó: Martha lanzó otra carcajada mas estridente y fatídica, y huyó con veloz carrera.

—Está loca, murmuró Willem aterrorizado, y quiso seguirla para socorrerla, pero en vano; sus fuerzas se habían agotado y cayó desvanecido.

A la mañana siguiente los vecinos de la aldea encontraron en una barranca el cadáver de Martha.

Willem, que se encontró en su cabaña al volver en sí, sin saber quien lo llevara, cumplió con su hermana y con Ida los últimos deberes, y desapareció del país.

Las dos habían sido sepultadas á la misma hora. ¡Pobre Ida! ¡Pobre Willem! ¡Desdichada Martha!

C. BARBERÁN RODRIGO.

Tenemos el gusto de insertar la sentida improvisacion poética, que nuestro compañero de redaccion el Sr. D. Braulio Mellado, ha hecho con motivo de la muerte de su hijo, el niño D. Francisco Javier; expresandole así mismo nuestro dolor por tan sensible desgracia, en que le acompañamos.

### A MI HIJO.

Era escojido de Dios  
 El Angel que yo tenia;  
 Por eso al cielo volò,  
 Dejando la tierra impía.  
 ¡Feliz él, que está gozando  
 En las alturas divinas!  
 ¡Feliz él, que con sus alas  
 Guarda á su hermana querida!

B. MELLADO.

A pesar de habernos propuesto no dar cabida en nuestra publicación à ningun manuscrito, que no estuviese firmado por su autor, hoy hacemos una excepcion con el artículo, que à continuacion publicamos. Las ideas nobles y levantadas, que en él se esponen, el estilo agradable y sencillo, que emplea en la narracion, no pueden menos de influir en el ánimo de los lectores y despertar en ellos el deseo de cooperar à tan benéfica obra; comprendiendo por esto mismo la delicadeza del escritor anónimo, que ha querido permanecer ignorado y que su siniestra ignore lo que su diestra ha escrito para bien de sus hermanos.

¡Ojalá Dios, que vé en lo mas Intimo de la conciencia, premiase su caridad, permitiendole ver por la cooperacion de sus paisanos reanudadas las tareas de tan benéfica asociacion!

## UN RECUERDO Y UN PENSAMIENTO.

Hace muchos años que habia en Lorca un almacén de hierro: su propietario era un rico capitalista extranjero.

En el modesto despacho del almacén, estaba empleado un jóven. A el desempeño de sus ocupaciones mercantiles unia la lectura de excelentes obras de todos géneros, que robustecian su razon, é ilustraban su pensamiento. Perteneciente à una familia distinguida, y relacionado con jóvenes ilustrados amigos suyos, el almacén era el punto de reunion, donde diariamente se daban cita para pasar el tiempo en agradable intimidad.

Los mas asiduos y constantes concurrentes eran seis. Dos hermanos Abogados y Poetas; un distinguido Médico; otro Abogado, literato y profundo pensador; un Profesor de Latinidad, Matemáticas y Filosofia, y un Artista, que despues de haber empleado algunos años en el estudio de la Filosofia y la Música, dedicaba el tiempo à la lectura de Historiadores y Poetas.

Estos seis amigos visitaban detenida y diariamente al jóven del almacén.

Las ciencias, las artes, la bella literatura, la historia y la poesia, eran tratadas de una manera elevada por aquellos siete jóvenes, que convertian el almacén de hierro en un Ateneo. ¡Cuántos pensamientos! ¡Cuántos proyectos nobles, generosos y levantados abrigaban aquellos jóvenes! Un dia, uno de ellos, expuso una idea, la idea fué acogida por todos con entusiasmo; el entusiasmo se comunicó à otras personas, que cooperaron à la realizacion de aquella idea, que fué un bien inapreciable para esta poblacion.

En aquel tiempo habia en esta ciudad dos Señores curas; uno

anciano venerable, de memoria prodijiosa, de erudicion profunda, lleno de sabiduria: otro jóven, tenia imaginacion volcánica, carácter impetuoso, enérgico, talento magnífico. En el púlpito, su elocuencia conmovia poderosamente al auditorio.

Los siete jóvenes y los dos Señores euras eran amigos. El pensamiento de los primeros fué sometido á los segundos. Estos lo encontraron plausible, bienhechor, caritativo y benéfico; lo apoyaron, y nació la *Union humanitaria lorquina*

¿Qué era la *Union humanitaria lorquina*? Una sociedad, una reunion numerosa de mugeres y hombres de todas las clases y condiciones sociales: una asociacion de caridad. Cada individuo de ella depositaba en el fondo comun una pequeña cantidad mensual, la reunion de todas formaba una suma, que era dedicada á remediar, de un modo misterioso y secreto, las necesidades de las familias desgraciadas y virtuosas, previos los antecedentes convenientes, debidos á informes secretos, adquiridos por comisiones nombradas con este objeto.

Aquellos Señores creyeron, como creemos nosotros ahora y hemos creído siempre, que la verdadera pobreza no es la que representan los mendigos por calles y plazas: es la que encerrada dentro de las paredes de una casa, no puede salir á la calle á implorar la caridad pública. La que no encuentra trabajo para obtener una recompensa, que le proporcione alimento. Es la familia que tiene hambre, y no puede tender la mano para pedir una limosna, que enjague las lagrimas de los pequeños hijos, que piden pan. De esta creencia verdadera, nació la *Union humanitaria lorquina*

Esta asociacion caritativa y bienhechora vivió poco ¿Porque? No es este el momento de recordarlo.

¿Hizo beneficios? Muchos. Enjugó muchas lágrimas y remedió muchas necesidades. Queda de ella el recuerdo del bien que hizo y un lugar preferente en el corazon de cuatro de sus fundadores, para conservar siempre la memoria de tres de ellos, que pasaron á la vida eterna.

Hoy hay pobres como entonces los habia y siempre los habrá: pobres dignos y merecedores de socorro. Hay tambien personas, que pueden resucitar la *Union humanitaria lorquina*, ¿Por qué no revive?

Hemos evocado el recuerdo de esta Asociacion benéfica, con el objeto de que lo mismo en nuestra ciudad, que en otra cualquiera poblacion, piensen los hombres caritivos, por medio de la asociacion, en hacer obras de caridad; y nos hemos diri-

jido al Ateneo, que tiene una gran circulacion, para que esparza por todas partes *nuestro recuerdo y nuestro pensamiento.*

X.

## A LA ESPERANZA.

**SONETO.**

Hay una antorcha esplendorosa y bella  
Cuya luz celestial jamás se apaga,  
Aunque aparezca vacilante y vaga,  
Como entre nubes moribunda estrella.

El purísimo rayo que destella  
Rompe las sombras de la suerte aciaga;  
Por eso al hombre su fulgar halaga,  
Por eso busca su consuelo en ella.

Esa antorcha eres tú, dulce Esperanza;  
Mi corazón, en lágrimas desecho  
Al divisar tu luz de nuevo alienta  
Y, en pos de tí con avidez se lanza.....  
¡Oh! vén, por Dios, y arranca de mi pecho  
Esta espina cruel, que me atormenta!.....

ERMELINDA ORMAECHE Y BEGOÑA.

**A TI.**

Tu espléndida hermosura miré un día  
Y esto solo bastó,  
Para que dentro de mi pecho ardiera  
La llama del amor.

Mas tarde, una noche... tú cantabas,  
Y al escuchar tu voz,  
Tanto te quise amar, que amando, amando,  
Llegué á adorar á Dios.

J. RUIZ NORIEGA.